

Un vaso de agua

EL calor era insoportable. El aire que venía de la playa parecía envolverlo todo en una nube de vapor, caliente y pegajosa. La ciudad reposaba, inerte. De vez en cuando, algún automóvil cruzaba a gran velocidad por la Rambla, precedido por la cegadora luz de los faros, y el espeso caldo se agitaba a su paso.

El señor Riso estaba despierto bajo el mosquitero, inmóvil, boca arriba. Para él, el verano era una larga tortura. Desde los primeros días de diciembre hasta los últimos de marzo, apenas si dormía por la noche. Y como trabajaba de tarde, tampoco podía recostarse a la hora de la siesta. Faltaban tres días para Navidad y profundas ojeras bordeaban ya sus ojos pequeños, hijos y porcinos.

Pero aquella noche, lo mantenían despierto otros problemas. Su único hijo acababa de casarse. Un buen casamiento, después de todo. Claro que él había tenido buen cuidado, pero el muchacho se portó bien. La chica tenía su buena posición, el viaje a los Lagos lo había regalado el padre. Y estaban los terrenos, el negocio... En fin, un buen casamiento.

No pudo menos que pensar en el suyo. El también había elegido bien, no estaba arrepentido. ¿Qué estarían haciendo los muchachos? Una sonrisa le estiró los gruesos labios, y se resolvió inquieto. Miró hacia la otra cama donde dormía su mujer y sintió que el calor aumentaba. La señora Riso dormía placidamente en su cama gemela, bajo su mosquitero, separada de él por una primorosa mesita de luz de estilo indefinido. El enorme bulto de su cuerpo subía y bajaba al compás de la respiración. Sin un sobresalto. El señor Riso creyó verla sonreír en sueños.

Quiso leer el diario, pero no se atrevió a encender la luz. Indeciso, siguió tirado en la cama. El sudor le corría, como animado con vida propia, dejando gruesos trazos de babosa sobre los repliegues del cuello. Decididamente, se ahogaba.

Veía la delicada figura de su hija política envuelta en el vaporoso tul, las miradas cambiadas entre ella y su hijo. Recordó un artículo leído días atrás en "Selecciones" y probó a pensar en otra cosa. El método, decían allí, era infalible. Quiso imaginarse en un lugar fresco, pero no fue más allá de un paisaje de pinos, arroyos frescos y hoteles de troncos, entrevisto en el folleto de viaje de los recién casados. Se fatigaba.

Miró otra vez hacia dónde dormía su mujer y no pudo reprimir un pensamiento maligno: veía ahora un cartel de propaganda pegado en toda la ciudad: "Compre productos porcinos de Garcés, donde un cerdo vale tres". Un coche pasó por la Rambla y, por un momento, el cuarto pareció cobrar una súbita vida, que fue disminuyendo hasta extinguirse por completo. El mar golpeaba, monótono, en las rocas.

Ahora no era sólo el calor lo que lo mantenía despierto. No podía apartar de su mente ciertos pensamientos. Sudaba copiosamente. Se quitó el saco del pijama y siguió inmóvil, boca arriba, cada vez más turbado. Los pensamientos se le imponían y una extraña sensación de culpabilidad se sumaba al deseo. Sintió la garganta seca; estaba como ahogado. Miró de nuevo hacia la cama gemela, pero el pasillo que los separaba era tan ancho como los años que había entre esta noche y las primeras.

Decidió levantarse y tomar un vaso de agua helada. Apartó el mosquitero. Se calzó las pantuflas y sin ponerse el salto de cama, se dirigió a tientas hacia la cocina. Sin saber por qué, hizo más ruido del necesario al cerrar la puerta. Miró el reloj: las tres y media.

Empezó a beber pequeños sorbos. Pero el agua apenas si le bajaba. Algunas gotas le cayeron sobre el pecho, quedando detenidas sobre el vello. Aún con el vaso en la mano, respirando pesadamente, volvió al cuarto. Pero en lugar de dirigirse a su cama, rodeó la cómoda y se detuvo a los pies de la de su mujer. Contempló, anhelante, la figura que se dibujaba bajo las sábanas. Se acercó unos pasos y estiró una mano.

Otro automóvil, allá abajo, dobló la curva y el cuarto volvió a animarse. Estaba ahora inclinado sobre el cuerpo yacente. El deseo muerto años atrás, volvía como un mendigo inoportuno e imperioso. Siguió estirando la mano, que ahora ya estaba, sobre la sábana, tibia.

—¿Qué pasa?—, y unos ojos enrojecidos, sin expresión, lo miraron a pocos centímetros de los suyos. En ellos no había otra cosa que sorpresa, fastidio, acaso un poco de odio.

—¿Qué pasa?—, volvió a preguntar. Y a la luz de otro coche, el señor Riso vio a su mujer gorda, sudorosa, el peinado estropeado, envuelta en su tul mosquitero como en una etiqueta.

—Nada—. Y reparando en el vaso que aún conservaba en la otra mano, agregó: —¿No habías pedido un vaso de agua?

Y la sorprendida señora Riso tuvo que beberse un vaso de agua a las tres y cuarenta y cinco de la mañana, para no seguir preguntando, para mantener la seguridad de su cama gemela, de su mesita en el medio; para seguir odiando bajo su mosquitero aquél cuerpo sudoroso que ella había podido amar.

KORN Y VAZ FERREIRA

Por Arturo Ardao



Una forma, entre otras, de rendir nuestro homenaje a Alejandro Korn, en su centenario, es la de evocar la ya consagrada asociación entre su nombre y el de Vaz Ferreira.

En la historia del pensamiento, ciertos nombres adquieren por su asociación con otro u otros, una significación adicional a la que tienen por sí mismos. Basta entonces mentarlos juntos para convocar, automáticamente, representaciones, ideas y hasta sentimientos, que no se producen en la mención por separado. Se forman de ese modo verdaderas constelaciones intelectuales que el transcurso del tiempo fija y enriquece, cargándolas, como a las uránicas, de imágenes y símbolos.

La generación del 900, tomado el concepto con latitud, dio en los países de lengua española varias parejas nacionales de pensadores, cuyos nombres, por un conjunto de circunstancias históricas y doctrinarias, aparecen firmemente asociados, como repetidos Dióscuros de nuestra mitología intelectual: Unamuno y Ortega en España, Caso y Vasconcelos en México, Korn e Ingenieros en Argentina, Rodó y Vaz Ferreira en Uruguay.

Las dos últimas de esas parejas pertenecen, respectivamente, a los dos países separados —o unidos— por el Plata. Pero, de modo curioso, sus nombres se entrelazan formando dos nuevas parejas, no ya nacionales, sino platenses; Rodó e Ingenieros, por un lado, Korn y Vaz Ferreira por otro.

Rodó e Ingenieros, muertos casi a la misma edad, en la plenitud cenital de sus vidas, están definitivamente unidos, como los dos grandes conductores sucesivos de la milicia idealista en que ardió, en el primer cuarto del siglo, la juventud latinoamericana; en el momento en que se iban a transmitir el fuego, los dioses mediterráneos que los inspiraron llevaron al primero —realidad y mito— a morir en la misma lejana Palermo donde cuarenta años atrás había nacido el segundo. Korn y Vaz Ferreira, con dilatada existencia uno y otro, están no menos definitivamente unidos, como los dos grandes patriarcas fundadores de la filosofía en el Río de la Plata.

Esas asociaciones de Ingenieros con Rodó y de Korn con Vaz Ferreira, hacen a ambos ilustres argentinos un poco nuestros también. Pero el destino ha querido que tuvieran todavía otra clase de vínculos con nuestro suelo. Los padres de Korn, llegados a América a consecuencia de la emigración liberal alemana posterior al 48, se radicaron inicialmente en Montevideo, de la misma manera que más tarde los padres de Ingenieros, llegados a América a consecuencia de la emigración liberal italiana posterior al 70. El propio José Ingenieros, nacido en Europa, pasó aún en nuestra ciudad su primera infancia, siendo aquí que hizo su iniciación escolar, antes de incorporarse a la que iba a ser su verdadera patria. Alejandro Korn, en cambio, nació en la Argentina —hace ahora cien años— poco después de haberse trasladado a allí sus padres. Un médico uruguayo que conocieran en Suiza —donde el padre, joven militar alemán refugiado, se hizo también médico— los había incitado a venir al Uruguay. El Montevideo de los años cincuenta, convulsionado por nuestras tradicionales contiendas civiles, no pudo, sin embargo, retenerlos.

Como poco antes en el gran Amadeo Jacques, también residente primero en Montevideo; como poco después en José Ingenieros, un destino uruguayo se había insinuado así para Alejandro Korn. Pero, al fin, habría de ser al pensamiento argentino que se incorporara su nombre, como los otros dos — trasmitidos los tres a América, de algún modo, por el militante liberalismo europeo del siglo XIX, francés, italiano y alemán.

En ese pensamiento argentino, ocupa Korn una posición histórica notablemente similar a la de Vaz Ferreira en el uruguayo. El paralelismo no resulta sólo de ser ambos los protagonistas de la respectiva —y definitiva— promoción de uno y otro pensamiento, a etapas de creación y autenticidad. Proviene, sobre todo, de la similitud espiritual y moral de su condición de Maestros. Desde la filosofía, fieles a una exigente y rica ética de la inteligencia, consagraron su vida a la causa de la educación, mantuvieron una constante preocupación cultural y cívica por la marcha de la nacionalidad, pusieron en la orientación de la juventud sus mejores afanes, y dejaron, ya que no capillas cerradas para custodia de concepciones dogmáticas, su perdurable irradiación en espíritus de las más diversas estirpes, adscriptos sólo a su común escuela de la libertad intelectual.

Tal similitud no podría ser —y no fue— ajena a la coincidencia profunda de algunas de sus grandes directivas teóricas. La primera de todas, la idea misma de libertad. Uno y otro han podido ser llamados, con justicia, filósofos de la libertad. Sendos ensayos fundamentales de cada uno, la tienen por tema y por título: *Los problemas de la libertad*, *La libertad creadora*. Del plano metafísico al axiológico y moral, de éste al jurídico y político, la idea de libertad, eje de sus conclusiones filosóficas, es el mismo tiempo guía de sus soluciones doctrinarias y criterio de sus actitudes prácticas. Por eso, cuando el advenimiento del despotismo en los países del Plata, en la década del 30, su sitio estaba fijado de antemano y lo ocuparon espontáneamente con dignidad y eficacia: fueron ellos, en una y otra orilla, la más encumbrada encarnación de la Universidad en su defensa de las libertades públicas.

A ese mismo espíritu debe referirse la otra gran afinidad que los vincula en el campo de la teoría filosófica: la superación que en sus respectivos países llevan a cabo del positivismo, a través de la revisión y profundización del problema del conocimiento. Por diferentes que sean sus reflexiones y desarrollos gnoseológicos, concuerdan en el esfuerzo por liberar a la razón del confinamiento sensorial y experimentalista, sin caer, empero, en instintivismos o irracionismos que la nieguen; sin volverse tampoco, como llegaron a hacerlo tantas tendencias de la reacción antipositivista, contra la ciencia misma, a la que uno y otro guardaron permanente devoción.

Afinidad entre ambos fue también el robusto buen sentido de su directa manera de filosofar, como verdaderos clásicos, en estilos personales caracterizados en la misma medida por la llaneza y la frescura. Era ello resultado igualmente de la emancipación de los servilismos de escuela, tanto más perniciosos en nuestros países americanos, cuanto que la sujeción mental trae consigo aquí la imitación, a menudo inconsciente, de giros y léxicos ajenos y lejanos. Desde su profunda sabiduría vital, que desbordaba la de los libros —en él no menos profunda— ironizaba el argentino para lección de los jóvenes: "No empleo la jerga gremial por dos razones: primero porque me desagrada; segundo porque la ignoro".

Sobre esas concordancias esenciales se instauran, después, las grandes divergencias que hacen de cada uno lo que como pensadores fueron. Si sus filosofías de la libertad y del conocimiento, si sus estilos, por encima de los rasgos comunes apuntados, los separan ya en tantos sentidos, mucho más los separan y distinguen otros aspectos de sus trayectorias y de sus ideas.

Mientras Vaz Ferreira, de ascendencia luso-hispana, residió toda su vida en la ciudad capital y fue jurista, Korn, de ascendencia germana, se crió y modeló en el ambiente criollo de la pampa, y fue médico. Mientras Vaz Ferreira se incorporó a la enseñanza de la filosofía cuando iba a cumplir los veinticinco años de edad, Korn lo hizo cuando iba a cumplir los cincuenta. Mientras Vaz Ferreira vive su etapa de más activa creación filosófica, de los treinta a los cuaren-

Un regalo distinguido en Librería



- Novelas lujosamente encuadernadas
- Libros de arte
- Láminas chinas y de autores universales
- Cuadros
- Cerámicas
- Cobres
- Lacas
- Discos

教員

前

中

TACUAREMBO 1500 Tel. 42094

KORN Y VAZ FERREIRA

(Véase de Pág. 20)

En años de edad, en la primera década del siglo, Korn vive la suya de los sesenta a los setenta, en la década tercera.

Biografías personales e intelectuales muy diferentes, de las que derivan muy diferentes también, preocupaciones, problemas, influencias y tendencias. Algunos lustros posterior a Vaz Ferreira en su ingreso a la actividad filosófica normal, no obstante serle doce años anterior en el nacimiento, aparecen en Korn dos típicas notas de la filosofía contemporánea, ausentes en aquél; la historicista, que llevó su interés a la historia tanto universal como nacional de las ideas; y la axiológica, que lo condujo a desarrollar su conocida doctrina subjetivista y relativista de la valoración y de los valores. De ambas procedía su concepción, inspirada en Alberdi, de una filosofía argentina como tabla de valores históricamente renovables, capaces de imantar y dinamizar el querer nacional. No aparecen, en cambio, en él, por ejemplo, especulaciones lógicas, estéticas, pedagógicas y jurídico-sociales como las que con tanta amplitud se dieron en Vaz Ferreira. He ahí un conjunto

de significativos contrastes a tener en cuenta en una confrontación de sus respectivas personalidades filosóficas, tan determinantes, por su gravitación, de las características que ha tenido a uno y otro lado del Plata, en nuestro siglo, la marcha de la filosofía.

Al inaugurarse los cursos de 1959 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, después de evocar al histórico grupo de los que él mismo ha llamado fundadores de la filosofía latinoamericana, decía Francisco Romero:

"Por circunstanciales motivos, destaco a dos, los más cercanos en el espacio, y acaso también en el espíritu. Al uruguayo Vaz Ferreira, recientemente desaparecido, maestro integral, que supo asociar la inflexibilidad de los principios con la tolerante comprensión de todo lo humano, y al argentino Alejandro Korn, varón de estirpe socrática, honor de nuestro pensamiento y de nuestra civilidad, cuya memoria evocamos de continuo y que hemos de recordar solemnemente el año venidero, porque en él se cumplen los cien años de su nacimiento. Hispanoamérica es una por las raíces y por el espíritu; dentro de esa gran unidad dispersa, uruguayos y argentinos somos como una familia, para la cual el río es más bien vínculo que separación. Propongámonos que los dos nombres igualmen-

te nuestros de Alejandro Korn y Carlos Vaz Ferreira se ostenten en dos calles de nuestra ciudad; dos calles grandes y frecuentadas, y no de esas poco transitadas y a trasmano que reservamos para esconder en ellas los nombres de varones ilustres por el legado intelectual".

Esas nobles palabras de Romero, al constituyen un llamamiento al espíritu de la ciudad de Buenos Aires, no lo constituyen menos al de la ciudad de Montevideo (1).

(1) Vaz Ferreira y Korn no se conocieron personalmente. Del conocimiento que tuvieron de sus obras, pocas referencias poseemos. Invitado en 1929 a participar en un homenaje a Vaz Ferreira, escribió Korn a uno de los organizadores: "Tengo del señor Vaz Ferreira un alto concepto, aprecio en todo su valor la obra que ha realizado con talento y tesón en un medio —como el nuestro— poco propicio a actividades de esta índole. Me será sumamente grato asociarme en alguna forma al merecido homenaje que se le prepara. Es justo que no falte una voz argentina. Me detienen algunos reparos: Montevideo es una ciudad que no conozco, carezco de dotes oratorias y no simpatizo con los actos protocolares. Pero en obsequio a Vaz Ferreira me sobrepondré a esos escrúpulos (Véase: Emilio Oribe, "Alejandro Korn", en revista Ensayos, 1936, 2º trimestre, pág. 70). En Caracas, donde reside, Guillermo Korn, el hijo primogénito de Don Alejandro, nos refería hace poco que siendo él joven estudiante, le aconsejó un día su padre desear el texto de psicología que tenía entre las manos, alcanzándole otro con estas palabras: "Estudia por éste". Era la clásica Psicología de Vaz Ferreira.

OTRAS

SUCURSALES

En el diario "El País" (domingo 20) se comenta una información publicada en la Sección Literaria de MARONA (Nº 1037, viernes 3) acerca de las declaraciones de Borges sobre la censura. Siguiendo una tradición a que los redactores de este semanario están habituados, no menciona la procedencia de la nota que se comenta; y siguiendo una tradición que creíamos definitivamente abolida, se trata de la discrepancia literaria al agraviado personal.

El sistema es conocido: cuando no se quiere o no se puede combatir un juicio, se busca disminuir a quien lo formula mediante el insulto displicente. Es un modo muy inglés de forzar el acceso al patio del conventillo (aunque para eso se necesitan dos); un modo demasiado viejo cuya arteriosclerosis ya no disimulan los malabazamientos.

Doce lecciones se desprenden de este conato polémico: Que los acólitos de Borges han dejado el incenso por la casuística, se han decretado a sí mismos los únicos intérpretes de la palabra enigmática del Maestro, de modo que donde él diga blanco siempre podrán decir negro, (la ironía, la sugerencia, el matiz, autorizan cualquier cosa). Que los esfuerzos por levantar al nivel de nuestra convivencia intelectual parecen inocular a estos profesionales del desdén.

No da para más. Hay mucho que hacer en el país y no se puede perder tiempo con estas sucursales de conventillo. A.R.

FIBRATEX

LA FABRICA URUGUAYA DE CASIMIRES QUE MAS EXPORTA



Señala el suceso de la temporada con sus

CASIMIRES TROPICALES

del que surgen los trajes veraniegos más frescos, siempre planchados e impecables 50% de lana y 50% de

TREVIRA



Por tratarse de una partida limitada, solicite cuanto antes este traje a su sastre o en las grandes casas del ramo.